

3326-8

# Santa Teresa de Jesús

## ANTE LA PSICOLOGÍA

Lectura dada el 25 de Abril de 1915 en el Centro de Nuestra Señora de la Merced y publicada en la Revista de la Academia Calasancia por su Presidente el

**Dr. D. Cosme Parpal y Marqués**

Catedrático de la Universidad e individuo de número de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona

BARCELONA. — Imprenta Editorial Barcelonesa, S. A. — Cortes, 596



127/115

# Santa Teresa de Jesús

## ANTE LA PSICOLOGÍA

---

Lectura dada el 25 de Abril de 1915 en el Centro de Nuestra Señora de la Merced y publicada en la Revista de la Academia Calasancia por su Presidente el

**Dr. D. Cosme Parpal y Marqués**

Catedrático de la Universidad e individuo de número de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona



BARCELONA. — Imprenta Editorial Barcelonesa, S. A. — Cortes, 596

71758956

FL  
3326-8



No es «la fuerza de la obediencia» que «suele allanar cosas que parecen imposibles»<sup>1</sup> la que mueve mi pluma y hará hablar mi lengua: es la fuerza, fuerza imperiosa, de un deseo que ha tendido a realizarse. Sólo faltaba la ocasión, el chispazo que convirtiera en realidad el propósito, y por hallarse cumplidas todas las condiciones, la realidad se impone y—en grave perjuicio vuestro—deleitándose mi espíritu goza en estas apacibles horas de noche primaveral al recordar las dulces palabras y la sustanciosa doctrina de la mística doctora avilesa, e intenta mi inteligencia probaros algo que es necesario que se vulgarice y se extienda para la mayor gloria de nuestra Santa y para la explicación psicológica de aquel su misticismo tan humano dentro de lo divino, mostrando la perfecta armonía de las facultades de su enamorada alma, a fin de confundir, por un lado, una vez más a los que intentaron considerarlo como un caso patológico y de sostener, por otro, que no son necesarias nuevas teorías para la explicación psicológica de aquel misticismo tan nuestro, que es un nuevo elemento para el estudio del espíritu colectivo español.

«A diferencia de otros misticismos egoístas, inertes y enfermos, el nuestro nacido enfrente y en oposición a la Reforma luterana, se calienta en el horno de la caridad y proclama la eficacia y valor de las obras»<sup>2</sup>, como siglos antes lo había practicado nuestro iluminado doctor Ramón Lull, a cuyo centenario debemos todos contribuir.

No lo olvidemos: nuestros místicos no son quietistas; nuestro misticismo se halla tan saturado de amor, que se desborda en caridad. Ramón Lull entusiasta y convencido de poseer una cien-

---

<sup>1</sup> Santa Teresa, *Las Moradas*.—Prólogo.

<sup>2</sup> Menéndez Pelayo.—*Estudios de crítica literaria*, Primera serie.—Madrid, 1898, página 48.



cia infusa, sobrenatural y divina, no pretende haberla alcanzado por sus propios méritos ni por sus virtudes; modestamente rinde homenaje a la divina gracia, la cual es fundamento y corona de los propios esfuerzos, y sus arrebatos místicos, sus horas de inefable iluminación divina, no empecen la acción infatigable y fecunda hacia el bien propio y el de la humanidad. Este es también el misticismo del Apóstol de Andalucía que con su abrasadora elocuencia fecunda los campos de la Bética; el de aquel filósofo del amor llamado Juan de los Angeles; el del dulcísimo Juan de la Cruz; el de los dos Luises, que la Orden de San Agustín y la de Santo Domingo colocan al frente de sus castizos escritores y las letras castellanas proclaman como prosistas exquisitos, maestros del bien decir; el de las místicas Sor María de Agreda, Sor Hipólita de Jesús, Sor Ana de San Bartolomé, que forman en el número de nuestras claustales escritoras, a cuya cabeza figura por derecho propio «la dulce incendiaria», «bella hermana de los serafines», «luna de las vírgineas estrellas», según frases del inglés Crashaw, así como otro inglés, Macaulay, dijo que el Protestantismo no había ganado nada desde el siglo XVI, es decir, desde que San Ignacio y Santa Teresa fueron el alma y el cerebro de la reacción católica: el primero es un gran jefe de partido, añade, la última pertenece a la humanidad.

Cierto, a la humanidad pertenece sin dejar de ser muy española, como de la humanidad son nuestros españolisimos Calderón y Cervantes.

Pudiera escribir mucho sobre la española Teresa de Jesús, estudiándola en este aspecto, pues son muchos y buenos los elogios que se han tributado a la Santa como escritora castellana; podría tomar como tema de este mi elogio a Santa Teresa esta nota simpática del misticismo español a que me he referido, o bien glosar los conceptos de Martínez Ruiz <sup>1</sup> cuando escribe: «Las almas más enérgicas, más grandes, más españolas de los siglos pasados están en los conventos. Lecciones provechosas, fecundas lecciones de fe y entusiasmo puede tomar el artista en las vidas de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Juan de Avila, Alvaro de Córdoba, Luis de Granada. Todo el genio de la raza está aquí. No es inactivo, silencioso, y absorto en los grandes claustros solitarios el misticismo español; es religión batalladora, inquieta, andariega, proselitista; peregrina en largos viajes, predica en campos y ciudades, funda monasterios, reforma órdenes, combate la herejía, mantiene perpetua batalla contra las pompas y lacerías del mundo.»

Sin embargo, más que todo esto, con ser panegírico bello de la Santa de Avila; más que deleitarme refiriéndome a su vida, o a la alegría que campea en sus escritos; más que escribir sobre el lenguaje de Santa Teresa, «lenguaje de las mujeres que, por lo común, dice de la Fuente, <sup>2</sup> es más castizo que el de los hombres de le-

<sup>1</sup> Azorín. *El alma castellana*. Cap. IX.

<sup>2</sup> Vicente de la Fuente. *Biblioteca de Autores Españoles*.—Tomo LIII

tras», mi intento es otro. A ello me llevan mis cotidianos estudios, los novísimos e interesantes sobre la Psicología trascendental y el mismo Pontífice Pío X al aconsejar «que todos los que actualmente se ocupan de la Psicología mística, como ellos dicen, no se aparten nunca de los principios expuestos por tan excelente maestra». La Doctora Mística crea nueva cátedra en nuestros días. Oigámosla y sigamos sus explicaciones, pues así honraremos también el misticismo español cuya gala y carácter es lo delicado y agudo del análisis psicológico.

QUÉ se entiende, qué entendemos por Psicología religiosa o de los fenómenos religiosos? Convengamos que en nuestros días hay mayor seriedad en los estudios psicológicos que en los pasados años y que ya queda relegada a la historia con nota censoria de infamia la hipótesis gratuita de Charcot, de querer confundir la santidad con el histerismo, los éxtasis teresianos con las neurosis histéricas, los sublimes efluvios de la gracia con la gran miseria psicológica. Verdad es que nuestra Santa ya salió al paso de los que debían motejarla de histérica, y supo contestar a los alucinados fisiólogos que porque no la estudiaron forjaron equivocado concepto de la Santa. «De un peligro os quiero avisar—dice a sus hermanas— aunque os lo he dicho en otra parte, en que he visto caer en personas de oración, en especial mujeres, que somos más flacas, ha más lugar para lo que voy a decir: y es, que algunas, de la mucha penitencia y oración, vigiliás, y aun sin esto, sonse flacas de compleción; en tiniendo algún regalo, sujétales el natural, y como sienten contento alguno interior, y caimiento en lo exterior, y una flaquedá, cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho, paréceles que es lo uno como lo otro, y déjanse embebecer; y mientras más se dejan, se embebecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento; y llámole yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allá, y gastando su salud» <sup>1</sup>... «Algunas veces y muchas, puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación o melancólicas, digo de melancolía notable; de estas dos maneras de personas no hay que hacer caso, a mi parecer, aunque digan que ven y oyen y entienden, ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oirlas como personas enfermas» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Las Moradas*. Cuartas. Cap. III.

<sup>2</sup> *Id.*, Sextas. Cap. III.



Quien así hablaba, la que no se cansaba de insistir en estos avisos siempre que trataba de la imaginación, ¿cómo ha podido ser tratada de visionaria, alucinada o histérica, ella que fué la serenidad en persona, y poseyó un admirable poder de introspección para escudriñar el alma y distinguir los estados sanos de los morbosos?

Es necesario que renazca la verdad sobre la ignorancia de los píos y la de los impíos en lo que se refiere a la vida de los Santos, y es de absoluta necesidad que sean considerados los escogidos de Dios como fueron en vida.

Las ficciones dañosas con que espíritus timoratos se imaginan a los Santos no conducen a nada bueno; los Santos deben ser estudiados en su vida entera y cuando el Santo nos la ha dejado escrita, nos ha descubierto por entero toda su alma, en estos sus escritos debemos buscarle para comprenderlo, para amarlo, para imitarlo.

Si no habéis leído aun las obras de Santa Teresa, su *Vida*, sus *Cartas*, sus *Moradas*, no esperéis más a gozar y deleitaros en ellas. Hoy no conocéis a la Doctora Mística; cuando hayáis leído su elegante prosa la amaréis más, porque sabréis de ella. No os contentéis con recitar algunos de sus versos: permitidme una observación, un juicio exacto: las poesías de Santa Teresa—con no ser todas de la Santa las que corren por ahí con su nombre—es lo peorcito, lo menos bueno que salió de su pluma.

Y volviendo al tema del histerismo de Santa Teresa, os digo que lejos de existir, fué su obra como el Quijote para los libros de caballería. La inmortal obra de Cervantes acabó con aquella locura de la andante caballería; los escritos de Santa Teresa, y aún más los de San Juan de la Cruz—dice Torras y Bages<sup>1</sup>—son una verdadera cruzada contra los que pretenden comunicaciones extraordinarias y sobrenaturales con la Divinidad, sobre todo en aquellos tiempos en que la Inquisición con harta frecuencia tenía que entender con beatas y monjas embusteras que fingían los celestiales carismas.

Nuestra Santa conoció el caso y dió el remedio, como podría aplicarlo o aconsejar el médico más entendido de nuestros días contra este abobamiento, así perfectamente calificado por nuestra doctora: «hágalas no tener horas tantas de oración, si no muy poco, y procurar que duerman bien y coman hasta que se les vaya tornando la fuerza natural, si se perdió por aquí. Si es de tan flaco natural, que no le baste esto, créanme que no la quiere Dios sino para la vida activa, que de todo ha de haber en los monasterios; ocúpennla en oficios y siempre se tenga cuenta que no tenga mucha soledad, porque verná a perder del todo la salud.»<sup>2</sup>

Y sea dicho de paso: Joly<sup>3</sup> afirma que Santa Teresa tuvo una especial aptitud para el análisis medicinal y así hoy la ciencia

<sup>1</sup> *Obras completas*. Vol. V., pág. 87, nota.

<sup>2</sup> *Las Moradas*, Cuartas, Cap. III.

<sup>3</sup> *Sainte Thérèse*, cap. IX, pág. 192.

médica distingue los cuatro casos de melancolía analizados por la Santa, adelantándose tres siglos al saber de su tiempo.

Ello es fruto de su especial disposición para el análisis psicológico. Se conoció a sí misma y conoció a las personas que la rodeaban y a las que trataba y por haber notado en algunas de ellas este estado patológico llamado histerismo; por esto pudo distinguir los fenómenos histéricos, que no se dieron jamás en su persona, de los estados místicos. ¡Cómo es posible que pudiera padecer ataques de histerismo nuestra Santa! Si el histerismo es una forma de disgregación mental caracterizada por la tendencia al desdoblamiento completo y permanente de la normalidad, ¿dónde y cuándo hallamos este carácter en aquel tipo psicológico perfecto y acabado, caracterizado, como todo genio, por una simplificación rica y por una organización y equilibrio completo de todas sus facultades? <sup>1</sup>.

Más generosa es la moderna teoría de Leuba y W. James que se aparta de las aberraciones de la escuela de la Salpêtrière para explicar el misticismo de Santa Teresa por la teoría psicológica de la subconsciencia o actividad del automatismo. ¡Lástima grande que anden también equivocados debido a que, a pesar de conocer el misticismo, no lo entienden!

Leuba refiriéndose a la gran mística española, escribe: que no hay en su vida, ni un deseo, ni un sentimiento, ni un pensamiento, ni una visión, ni una iluminación que pueda hacer pensar seriamente en la existencia de causas trascendentales <sup>2</sup> y para explicar todos aquellos fenómenos portentosos acude a la famosa teoría de la subconsciencia, por él aplicada por primera vez <sup>3</sup>.

Subconsciente: he aquí una palabra cuyo significado no está aun completamente precisado entre los psicólogos, pero con la cual se pretende explicar el *yo subliminal* de Meyers y con él las intuiciones del genio y las de los místicos. La subconsciencia supone una disociación de la personalidad y admitiendo su significado en un sentido recto, como coconsciencia, según frase de Prince, podemos decir que vale tanto como una actividad psíquica que habiendo sido plenamente consciente en un principio, pronto se va desvaneciendo en las sombras de una inconsciencia más o menos acentuada sin perder por eso completamente la virtualidad conservadora y aun creadora de sus estados latentes. Es, señores, lo subconsciente aquel sedimento profundo que va quedando en nuestro yo en la continua corriente de nuestra conciencia; es aquel aluvión que se deposita en la síntesis vital de la personalidad humana, a medida que va recibiendo los distintos estados que por ella pasan y en ella fluyen, y de los cuales sólo unos cuantos, una parte ínfima, aparecen de nuevo, mientras que los otros forman esta asombrosa actividad llamada subconsciente, con la que pretenden explicarse todos los

<sup>1</sup> H. Joly en su *Psychologie des Saints* trata este asunto y refuta de paso la teoría del P. Hahn, S. J. quien sostenía que en Santa Teresa se habían dado ambos fenómenos: los histéricos y los místicos o sobrenaturales.

<sup>2</sup> *Revue philosophique*. 1902. T. II.

<sup>3</sup> Véase: Gemelli *L'origine subconsciente dei fatti mistici*. Firenze, 1913.

fenómenos de la psicología trascendental, tanto los estados anormales, como los normales. <sup>1</sup> La subconsciencia comprende, en fin, un nutrido ejército de fuerzas latentes que con intuición asombrosa, superior al discurso, tiene esta potencia inventiva y original del genio que le permite establecer relaciones nuevas no vistas ni sospechadas por el vulgo.

¡Oh mágico poder de la palabra! La subconsciencia ha venido a ser para algunos psicólogos el portentoso descubrimiento que nos ha hecho penetrar en este invisible taller de nuestro espíritu en el que se forman las creaciones del arte, los inventos, los asombrosos adelantos de los genios, en el que el trabajo es un *fieri*, que se nos escapa totalmente. Pero ¿acaso es nueva la idea de este poder creador de la subconsciencia? ¿No hallamos ya en Aristóteles aquella genial expresión del *nous poieticós*? ¿No nos habla Santo Tomás con expresiones metafóricas de la «*illuminatio, lumen intellectuale, similitudo luminis increati* para designar esta función creadora del concepto, que hace surgir la idea abstracta y universal del fondo de la percepción, brillando fuera y fecunda en su radiación indefinida?» <sup>2</sup>. Y sin ir más lejos ¿nuestro Balmes no explica en su *Criterio* «esa luz instantánea que brilla de repente en el entendimiento del hombre; sin que el mismo sepa de donde le viene?» <sup>3</sup>.

Si esta es la subconsciencia de los modernos psicólogos ¿cabe explicar por ella los fenómenos místicos? Leuba fué el primero en indicarlo y acentuando el carácter automático que Meyers da a lo subconsciente, llegó a afirmar que la religión era un medio descubierto por el hombre para vivir mejor y más regaladamente, <sup>4</sup> es decir, un método de vida en el cual incluía todas las actividades psíquicas del hombre, y por lo que se refiere a la conciencia mística ésta se iba empobreciendo y uniformando hasta llegar a un monodemoismo vago y de éste a la inconsciencia que él considera como un *aideismo* perfecto. Vuelto en sí el místico interpreta la sucesión de sus estados y halla una laguna en la continuidad afectiva, siente un vacío, la nada, la cual toma existencia y se convierte en la *Nada*, que sin embargo es. La doctrina de Leuba nos conduce al Nirvâna budista <sup>5</sup>.

William James que lanza en ristre ataca el materialismo medical y la histereomanía, sustituye esta teoría que considera al misticismo como una actividad morbosa por la de la subconsciencia y así nos habla del yo consciente que se halla en continuidad con el yo subconsciente o subliminal, el cual no es una degradación de aquél, sino una región de la conciencia más profunda, con riquezas aun inexploradas y en el cual se elaboran lo mismo las intuiciones del genio que las de los místicos. La ignorancia que tenemos de este

<sup>1</sup> Véase: Jastrow *La subconscience*. París, 1908.

<sup>2</sup> P. Arnaiz. *La Inteligencia*. Madrid, 1914, pág. 174.

<sup>3</sup> Cap. XV.

<sup>4</sup> *Psychologie des phénomènes religieux*. 1909.

<sup>5</sup> Véase Marechal, S. J. *Dalla percezione sensibile all'intuizione mistica*. 1913.



trabajo subconsciente hace que atribuyamos sus efectos a una causa extraña y en esto no estamos equivocados más que en parte, puesto que lo subconsciente que emerge de una parte de la conciencia clara, continúa en otra parte en un mundo muy vasto que lo invade y constantemente deja sentir su influencia. Esta Realidad transubliminal será apreciada y considerada, añade, de distinto modo: para un cristiano será Dios, la gracia llena de luz y fuente de acción, la cual será el punto de apoyo del subconsciente humano para alejar la repercusión de la facultad superior de la inteligencia y del querer <sup>1</sup>.

Delacroix ha exagerado la teoría de James y ha acentuado más la nota de la subconsciencia. Para el filósofo francés lo primitivo en el hombre es la subconsciencia, lo secundario la conciencia resultado de una adaptación a las necesidades prácticas de la vida. El yo subconsciente es más grande que el consciente y por esta subconsciencia pretende Delacroix explicar el misticismo, con la negación más radicalmente naturalista de lo sobrenatural, cuya acción tiene por carácter la pasividad. El sujeto ante los estados místicos, que se producen sin que él los quiera, sin que los pueda resistir, sin que tenga conciencia ni intervención en su formación, cree inmediatamente que es Dios quien los produce a su voluntad y a este Dios interior los atribuye. «El sentimiento de pasividad, dice, que se muestra patente en los místicos y del cual deducen la trascendencia de sus estados y su relación con una actividad superior, con la acción divina, es fruto de la ignorancia de un trabajo interior, de la actividad subconsciente. Sienten que su voluntad no es la causa de estos estados, pues aparecen espontáneamente; que no entran en el campo de su naturaleza, tal como la conocen y por el hábito que tienen con ella y por el análisis que hacen. Así, pues, si no son dueños de estos estados, ni de su principio, ni de su progreso, ni de su fin, ya que aparecen súbitamente, sin causa, ni tienen razón, ni regla conocida, antes al contrario traspasan la naturaleza por el valor de su contenido y la pujanza de la acción, deben atribuirlos a una causa extraña. La naturaleza no puede ir más allá.»

¿Cuál es esta causa extraña? La hipótesis de la actividad subconsciente sostenida por ciertas disposiciones naturales y regulada por un mecanismo director, llena completamente el lugar de esta causa extraña y explica claramente este sentimiento de pasividad y de exteriorización. Lo subconsciente, pues, explica todos los caracteres que los místicos atribuyen a sus visiones y palabras interiores, y más aun no es difícil—añade—atribuir a él estas grandes intuiciones confusas, magníficas y no atendidas que surgen de repente, cubriendo de sombras la conciencia ordinaria del yo y de las cosas. La intuición latente en los actos distintos de la meditación y de la vida cristiana, que es el fondo del espíritu místico y

---

<sup>1</sup> *L'expérience religieuse* (Traducción francesa), Paris, 1906.

que aparece obscuramente bajo los esfuerzos que él hace para librarse del pensar lógico y de la acción voluntaria, esta aptitud innata a resistir el mundo, a la acción del conjunto del mundo sobre el alma, no puede ser producto de reacciones locales, múltiples, precisas, sino que por una vasta destreza del conjunto, se libran y se manifiestan en tanto lo permite el trabajo de preparación, sin que haya proporción entre la riqueza natural así liberada y el esfuerzo que se hace.<sup>1</sup>

Tal es, según Delacroix, la subconsciencia que explica el sentimiento de pasividad, carácter esencial del misticismo, subconsciencia cuyo significado no debe restringirse aplicándola solamente a los casos puramente patológicos. «Ella interviene lo mismo en los más elevados grados de la jerarquía psicológica, lo mismo en las invenciones del genio, como en las construcciones del sueño y del delirio; ella es el gran elemento de las grandes obras de la humanidad como de sus aberraciones.» Más aún: la pasividad de los estados místicos sucede a una fase de preparación activa y este trabajo anterior de dirección y de construcción es consciente y entre esta actividad preparatoria y la pasividad hay un período de incubación.

¡Lástima grande que Delacroix no haya entendido bien a nuestra mística doctora, mejor dicho, que al presentarla como tipo del misticismo español no se haya hecho cargo completo de lo que es el misticismo!

El filósofo francés, como los americanos que le preceden, al desear las teorías que colocan el misticismo en la psicología anormal, ha pretendido explicarlo naturalmente por este automatismo inconsciente, pero sólo por esta subconsciencia, rehusando toda intervención divina y sobrenatural en los fenómenos místicos. Para ellos el misticismo es una revancha de la intuición contra la conciencia discursiva, nos hablan del sentimiento de presencia, casi definen con exactitud el misticismo, pero al querer explicar psicológicamente dichos estados se olvidan de uno de sus factores esenciales de la gracia divina, de la intervención de Dios en dichos estados y a fuerza de querer que la Psicología sea pura y exclusivamente una ciencia natural presentan los hechos, escudriñan los fenómenos, pero se paran ante la áurea puerta de la Metafísica y se les escapa el elemento esencial del fenómeno religioso y resta, por lo tanto, incompleta su explicación y desfigurado el hecho.

En el misticismo el fenómeno fundamental no es otro que una conciencia intelectual experimental de la presencia divina, la intuición de Dios presente. El éxtasis físico, la suspensión de los sentidos, las visiones sensibles o imaginarias, las palabras interiores, los prodigios, etc., son estados accesorios que pueden acompañar o no al estado fundamental.

Entre la conciencia ordinaria y el estado místico superior se

---

<sup>1</sup> H. Delacroix, *Etudes d'histoire et de psychologie du Misticisme. Les grands mystiques chrétiens.*—Paris, 1908.



intercalan una gama de estados intermedios como las visiones sensibles e imaginarias, las intelectuales, las alucinaciones; pero al llegar a la intuición de una presencia trascendental y al llegar al verdadero estado superior del misticismo, entonces tenemos el sentimiento de la presencia de Dios, la intuición de Dios. Y en este punto, es decir, en señalar como fenómeno fundamental del estado místico este sentimiento de presencia, coinciden los autores de distintas escuelas: Boutroux así lo expresa al afirmar que el fenómeno esencial del misticismo es un estado en el cual, rota toda comunicación con el mundo exterior, el alma tiene el sentimiento de que está en comunicación con el ser infinito con Dios <sup>1</sup>; W. James al señalar como carácter esencial de los estados místicos la conciencia de una iluminación, y aun el mismo Delacroix si bien lo explica por un contenido emocional.

Es sensible la obsesión de estos psicólogos, que tienen ojos y no ven. Su naturalismo les tiene encerrados en un círculo de hierro que no quieren romper. Quieren explicarlo todo naturalmente y no aciertan a ver que sin la Metafísica y la Teología no pueden dar la razón de estos fenómenos que traspasan los límites de la Psicología natural. Prevenidos contra el orden sobrenatural, quieren ser veraces y no pueden: estudian los místicos, descubren y examinan sus estados, pero cuando éstos no pueden explicarse por las leyes y principios naturales, entonces consideran aquellas intuiciones místicas de lo ontológico divino como aparentes, como alucinaciones psíquicas.

Y, sin embargo, Delacroix que pretende sostener y defender tal tesis, si no estuviera apasionado podría haber comprendido y conocido perfectamente este sentimiento de presencia en la misma Santa Teresa, que prueba haber estudiado. Nuestra Santa es la mejor adocrinadora de estas conclusiones verdaderas. Sus libros son un admirable tratado de misticismo, sus *Moradas* el mejor libro de Psicología transcendental. Poseía nuestra santa tanta fuerza en el análisis psicológico, supo conocerse tan bien y explicar este conocimiento de su conciencia y los distintos estados de su alma, que en ello se muestra psicóloga genuinamente española. Porque el carácter esencial de la Psicología hispana es éste: la auto-observación, el conocimiento del yo, la experimentación y observación psicológica completa.

«Es gran cosa el propio conocimiento», dice la Santa, y en la más famosa de sus obras en la cual bajo artística forma encierra la síntesis de sus experiencias espirituales, explica toda su doctrina, considerando el alma «como un castillo todo de diamante de muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas» <sup>2</sup>, en el centro de cuyo castillo y en la morada más rica y secreta halla a Dios, suprema aspiración del misticismo.

<sup>1</sup> *La psychologie du misticisme.*—«La Revue Bleue». Marzo 1902.

<sup>2</sup> *Las Moradas*. Primera. Cap. I.

Teresa de Jesús nos presenta el admirable orden ascendente de los estados propiamente místicos que Poulain <sup>1</sup> ha llamado: quietud, unión plena, éxtasis y unión trasformante, distintas variedades de aquel fenómeno fundamental de la Divinidad presente, y al mismo tiempo que la Doctora Mística distingue cada uno de estos estados, con un espíritu de fina observación psicológica distingue a la vez lo que es verdaderamente intuición mística y lo que es producto de la imaginación, lo que son realidades de lo que son visiones o alucinaciones.

«Si son de la imaginación ninguna de estas señales hay, ni certidumbre, ni paz y gusto interior; salvo que podría acaecer y aun yo sé de algunas personas a quienes ha acaecido, estando muy embebidas en oración de quietud y sueño espiritual, que algunas son tan flacas de complesión u imaginación u no sé la causa, que verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí, que no sienten en lo exterior y están como adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme, y aun quizá es así, que están adormizadas, como manera de sueño les parece que les hablan y aun que ven cosas y piensan que es de Dios y deja los efectos, en fin, como de sueño. Y también podría ser, pidiendo una cosa a Nuestro Señor afectuosamente parecerles que le dicen lo que quieren y esto acaece muchas veces. Mas a quien tuviera mucha experiencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto, a mi parecer, de la imaginación» <sup>2</sup>.

Ya lo hemos dicho antes: nuestra Santa insiste continuamente en distinguir los estados visionarios de las realidades, las «flaquezas de mujeres como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y extasi», de los verdaderos arrobamientos y anda continuamente sagacísima contra estas ilusiones y delirios de la imaginación, es centinela avanzado que está siempre alerta para no incurrir en lo que tantas veces censuraba y quería evitar en sus hermanas de religión y estaba siempre recelosa para que no se confundieran las operaciones naturales, las diabólicas y las divinas.

La certeza de Santa Teresa acerca de los estados místicos, el sentimiento de la presencia de la Divinidad es tan fuerte, seguro y firme, está tan psicológicamente contrastado, resulta tan claro y distinto de las alucinaciones, que los mismos partidarios de la teoría de la subconsciencia así lo manifiestan y admiten este sentimiento de presencia, pero como una visión intelectual, fruto de la oración, dice Delacroix, que engendra cierta aptitud al automatismo, y el automatismo es principio de todos los desdoblamientos. El sentimiento de presencia es admitido, pues, hasta por los deterministas: lo que pasa, es que no saben explicarlo por el vicio de origen de su doctrina, porque pretenden inventar una teoría científica que explique naturalmente lo que se escapa del orden de los fenómenos naturales.

<sup>1</sup> *Des grâces d'oraison.*—París, 1909.

<sup>2</sup> *Las Moradas.* Sextas. Cap. III.

Naturalmente, psicológicamente pueden explicarse los estados místicos, y Santa Teresa es testigo de mayor excepción y sus escritos el más documentado testimonio y el mejor instrumento de estudio para formular hipótesis y sentar conclusiones sin invadir el campo de la Teología.

Marechal <sup>1</sup> ha sentado y probado que psicológicamente puede admitirse una hipótesis explicativa de los estados místicos, hipótesis basada al fin y al cabo en las doctrinas del Angélico Doctor <sup>2</sup>, la cual consiste en que el espíritu en su constante deseo de tender hacia la unidad, franquea los límites de la conciencia ordinaria, y da alas a este *desiderium naturale* que alienta en nosotros hacia una intuición intelectual, y en un ambiente sobrenatural llega al más alto grado de contemplación, a aquel en que Dios se le hace presente y durante el éxtasis toca por un instante el espíritu humano el término que provoca y orienta todo su pasado.

La atenta observación de los fenómenos internos, dice Balmes <sup>3</sup>, nos enseña que el alma humana tiene aspiraciones que van mucho más lejos de lo que posee en la actualidad, y estas aspiraciones del alma las descubrimos en la inteligencia, en el sentimiento y en la voluntad. Es esta tendencia a ver, «una atracción divina con que el Autor de todo lo criado nos levanta de este montón de polvo en que nos arrastramos por breves días. Así se armonizan el entendimiento y el corazón; así éste presente lo que aquél conoce; así se nos avisa, por diferentes caminos, que no creamos limitado el ejercicio de nuestras facultades a la estrecha órbita que se nos ha concedido sobre la tierra: guardémonos de helar el corazón con el frío de la insensibilidad, y de apagar la antorcha del entendimiento con el desolante soplo del escepticismo».

En el orden de la jerarquía intelectual la intuición ocupa la primacía, y por ella la inteligencia llega al sentimiento de la realidad, y así como el genio posee esta potencia de síntesis capaz de formar ideas completamente nuevas, que ninguna ciencia exterior le ha podido comunicar y hasta llega a levantar una punta del velo que cubre a los ojos de los mortales el esplendente solio del Supremo Hacedor, así psicológicamente, cabe explicar, también, los estados místicos considerándolos como resultado de esta fuerza atrayente hacia la unidad que en nosotros existe, como una manifestación de esta conciencia operativa que busca esta intuición intelectual como perfección de ella misma. En los estados místicos hallamos la misma actividad fundamental del espíritu que va en busca de su unidad, de nuevas síntesis mentales, del Ideal de perfección que constituye el norte de su actividad evolutiva.

Así va Santa Teresa a la presencia de Dios y así pueden estudiarse en ella, mejor que en ningún otro místico, estos estados per-

---

<sup>1</sup> Ob. cit.

<sup>2</sup> *De veritate*, Q. X, art. 11. *Summa contra gentiles*, Lib. III.

<sup>3</sup> *Filosofía fundamental*. Tomo II, Cap. XVIII.



fectamente explicables en Psicología, ciertos y probados por la Teología. ¡Dichosa la Virgen de Avila que pudo gozar de la intuición divina en dulces arrobamientos! ¡Dichosos nosotros que podemos saber cuán dulce e inefable es esta presencia por las descripciones auténticas e irrefutables de la Santa!

Benditas sean las órdenes que recibió para escribir su vida y mostrar su alma. La literatura castellana presenta los escritos de Teresa de Jesús como rico engendro de su fecundidad y de la excel-situd de su prosa, como alhaja preciosa de la corona inmortal que tejieron los artistas de la palabra en los siglos XVI y XVII, así como las almas cristianas y piadosas hallan en aquellas páginas regocijo del espíritu, manjar exquisito de leche y miel. Creyó la Santa no ser letrada <sup>1</sup> y es ornamento de las letras; mostróse profana en filosofía y los sabios se postran ante ella; no tuvo pretensiones de teóloga y Pío X la declara maestra insuperable. Dios le dió en abundancia entendimiento, amor, caridad, y porque fué humilde, quedó ensalzada.

Pero, aun olvidándonos por un momento de quién fué y de lo que es la Doctora Mística, de sus virtudes y de su santidad, adquiere Teresa de Jesús un valor extraordinario ante la Psicología, porque por ella puede ésta explicar y describir los estados místicos, y fundándose en la descripción que de los mismos hace, puede fundarse la hipótesis metempírica presentada, explicativa de estos estados psicológicos trascendentales. El misticismo católico entra de lleno en el campo psicológico por y con Teresa de Jesús, y este sentimiento directo de la presencia de Dios, la intuición de Dios presente y los distintos hechos y estados místicos que acompañan a este fundamental, los conocemos perfectamente, porque Santa Teresa traslada al papel estas gracias místicas.

Con ser fecunda la literatura mística española no hay escritor en ella que iguale a la religiosa de Avila. Seguidla en sus escritos, escudriñad atentamente las bellas páginas de su pluma, deleitaos en su áureo libro de *Las Moradas* y en él seguiréis paso a paso la actividad psíquica de Teresa de Jesús, desde la oración hasta el supremo estado de arrobamiento «glorioso desatino, esta celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría» <sup>2</sup>.

Teresa de Jesús es maestra en la observación interna, familiar a los místicos, y más particularmente a los españoles, y esta auto-introspección fina y delicada es tan genial en la Santa que por ella, auxiliada de la divina gracia, puede expresarnos los estados del alma en los místicos hechos, como lo haría el más profundo filósofo. Gustó de las lecturas <sup>3</sup>, pero no fueron éstas las que integra-

<sup>1</sup> *Vida*, Caps. V, X, XII y XIII. *Fundaciones*, Cap. XIX, *Camino de perfección*, Cap. XLVII; *Moradas*, IV, y la *Carta* n. 113 en Laliente.

<sup>2</sup> *Vida*. Cap. XVI.

<sup>3</sup> Véase *El lenguaje de Santa Teresa de Jesús*, por A. Sánchez Moguel.—Madrid, 1915, págs. 17 y sigs., y *Les Lectures de Sainte Thérèse*, artículo de Morel-Fatio en el *Bulletin hispanique*, 1908.



ron sus libros, en los cuales no hay más que observación propia, relatos de sus estados psicicos, y así sólo alguna que otra vez hace alusión a libros o a autores que había leído. En los primeros años de su vida sació su afán de leer en varias obras; pero luego la lectura le sirvió de preparación para la oración y para concentrarse y posesionarse de su yo. «Leo muy poco, dice, porque en tomando el libro me recojo en contentándome, y así se va la lición en oración»<sup>1</sup>.

Este recogimiento es el primer paso hacia el misticismo: «la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración; no digo más mental que vocal», la oración que no consiste en pronunciar palabras, sino aquella que para que sea tal y pueda llamarse así «ha de ser con consideración; porque la que no advierte con quien habla y lo que pide y quién es quien pide, y a quien pide no la llamo yo oración»<sup>2</sup>. Y nótese bien que esta placidez del alma, este quietismo del espíritu tan bien estudiado por Santa Teresa, no ha de consistir en una pasividad absoluta, que entonces se edificará sobre arena. «El contento de la oración de quietud, dice en otro lugar, así como no se puede alcanzar tampoco se puede detener. Es bobería que así como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos hacer que deje de anochecer»<sup>3</sup>, y por esto la persona que andando tan ocupada, apenas tiene ratos libres para la oración, ésta puede ser modelo de virtudes, que hasta «en la cocina, entre los pucheros anda el Señor ayudándoos en lo interior y exterior»<sup>4</sup>.

Pero antes de esta oración de quietud coloca Santa Teresa la de recogimiento<sup>5</sup>, en la cual el alma va cobrando su derecho y se entra en sí misma y recogién dose dentro de sí busca en lo interior a Dios y lo halla. He ahí el principio del propio conocimiento fundamento de la doctrina psicológica de nuestros místicos del siglo XVI y en especial de la Virgen de Avila, psicologismo que hace que pueda conocer perfectamente los estados de su alma, distinguir el oro de la escoria, y discernir con toda exactitud lo que es obra de flaca cabeza y loca imaginación de lo que es realidad; lo imaginario de lo natural junto con lo sobrenatural.

Oídla cuando habla de la unión de Dios y quiere dar una señal clara para esquivar toda duda: «Pues tornando a la señal que digo es la verdadera: ya veis esta alma que la ha hecho Dios boba del todo para imprimir mejor en ella la sabiduría, que ni ve ni oye ni entiende en el tiempo que está así, que siempre es breve, y aun harto más breve le parece a ella de lo que debe de ser. Fija Dios a

---

<sup>1</sup> Carta a San Pedro de Alcántara en 1560. Se contiene en el libro [de las *Relaciones espirituales*.

<sup>2</sup> *Las Moradas*. Primeras. Cap. 1.

<sup>3</sup> *Camino de Perfección*, LIII.

<sup>4</sup> *Libro de las fundaciones*, V.

<sup>5</sup> Hay cuatro grados en la oración mental: la de recogimiento, la de quietud, la de unión no consumada y la de unión perfecta. *Las Moradas, Relaciones* y sobre todo *Libro de su Vida*, cap. IX al XX.



sí mismo en lo interior de aquel alma, de manera, que cuando torna en sí, en ninguna manera pueda dudar que estuvo en Dios y Dios en ella; con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pase años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar que estuvo... Pues direisme ¿cómo lo vió u como lo entendió, si no ve, ni entiende? No digo que lo vió entonces, sino que lo ve después claro; y no porque es visión, sino una certidumbre que queda en el alma, que sólo Dios la pueda poner. Yo sé de una persona, que no había llegado a su noticia, que estaba Dios en todas las cosas por presencia y potencia y esencia y de una merced que la hizo Dios de esta suerte, lo vino a creer... No os habéis de engañar pareciéndoos que esta certidumbre queda en forma corporal, como el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento, en que no lo vemos, porque acá no queda aun sino de sola la Divinidad. ¿Pues cómo lo que no vimos, se nos queda con esa certidumbre? Eso no lo sé yo, son obras suyas, mas sé que digo verdad, y quien no quedare con esta certidumbre, no diría yo que es unión de toda el alma con Dios» <sup>1</sup>. Y más adelante añade: «Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar. Ya he dicho que en esta oración no se ve nada, que se pueda decir ver, ni con la imaginación; digo vista, por la comparación que puse <sup>2</sup>».

Ahí tenéis a nuestra Santa escribiendo y describiendo verdaderos estados psicológicos y cómo se precia de conocer perfectamente los estados del alma en la oración. La discreta atención que requiere toda actividad anímica, la natural fatiga que se sigue cuando aquélla ha sido sostenida, el atender a varios objetos a la vez, la necesidad de la oración vocal para fijar mejor la atención y llegar, luego, a la oración más perfecta, el conocimiento, en una palabra, que tiene Santa Teresa de la actividad mental es el testimonio más elocuente de que conoció su alma y supo apreciar y distinguir los distintos estados por que pasó. Glosando las páginas teresianas podría explicarse un curso de Psicología y muchos de sus conceptos podrían acotarse con los trabajos de la Psicología moderna.

¿Y qué deciros de aquellas disquisiciones tan sesudas, tan exactas acerca de lo que es obra de la imaginación y lo qué es realidad? ¿Qué de la visión corporal, de la imaginativa y de la intelectual e intuitiva? <sup>3</sup>. Distinguiendo así Teresa de Jesús llega a la unión del alma con Dios, a los arrobamientos y éxtasis, no flaquezas, «porque el que lo es, cree que roba Dios toda el alma para sí, y que, como a cosa suya propia y ya esposa suya, la va mostrando alguna partecita del reino que ha ganado, por serlo; qué por poca cosa que sea, es todo mucho lo que hay en este gran Dios, y no quiere estorbo de naide, ni de potencias, ni sentidos <sup>4</sup>».

<sup>1</sup> *Las Moradas*, Quintas. Cap. I.

<sup>2</sup> *Las Moradas*, Sextas. Cap. I.

<sup>3</sup> *Libro de la Vida*. Cap. XXVII y XXVIII.—*Las Moradas*, Sextas.

<sup>4</sup> *Las Moradas*, Sextas, Cap. IV.

No es posible, sin alargar demasiado este trabajo, seguir una a una las explicaciones psicológicas que nos da la Santa de sus estados místicos; precisa para tener completo conocimiento de los mismos una lectura meditada de sus obras y en especial de *Las Moradas* y si se hace sin prejuicios se tendrá una explicación filosófica y natural de estos fenómenos psíquicos transcendentales. Así continuando la Santa la explicación de este orden ascendente de los estados místicos, a que me he referido, nos explica esta intuición intelectual perfecta, esta absorción del espíritu de suerte que, suspendidos los sentidos, parece como si el alma se saliera del cuerpo para tender aun más hacia la unidad. Vuela el espíritu y no para sino en su Dios; estando en su sentido se ve arrebatada el alma con movimiento acelerado, cual paja, con una velocidad que pone harto temor, se produce una atención amorosa plena con suspensión completa de los sentidos, cuanto nos rodea no nos interesa, pues nos abstraemos, enajenamos por un momento nuestra actividad inferior y los sentidos exteriores cesan en sus percepciones para que el alma se recoja toda ella en esta unión amorosa, en que llega a veces a parecer que se desata de la vestidura corporal. «Pues tornando a este apresurado arrebatar el espíritu, es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte, claro está que no queda esta persona muerta; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo u si no, por algunos instantes. Parécela que toda junta ha estado en otra región muy diferente de en esta en que vivimos, adonde se la muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando, junto con otras cosas fuera imposible alcanzarlas; y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una. Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma, muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le da a entender algunas cosas; digo como si ve algunos santos: los conoce como si los hubiera mucho tratado. Otras veces, junto con las cosas que ve con los ojos del alma por visión intelectual, se le representan otras, en especial multitud de ángeles, con el señor de ellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo ni del alma, por un conocimiento admirable que yo no sabré decir, se le representa lo que digo y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasara por ellas, que tenga más habilidad que yo, las podrá quizá dar a entender, aunque me parece bien dificultoso. Si esto pasa estando en el cuerpo o no, yo no lo sabré decir; al menos ni juraría que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma»<sup>1</sup>.

Véase cómo explica Teresa de Jesús el tránsito de la unión plena al estado de éxtasis en el cual se producen aquellos admirables efectos de las visiones divinas, de las palabras interiores que

---

<sup>1</sup> *Las Moradas*. Sextas. Cap. V.

iluminan el alma. Ahí van otros textos tomados al azar entre los muchos que podríamos escoger: «Muchas veces estando la misma persona descuidada, sin tener la memoria en Dios, Su Majestad la despierta a manera de un corneta que pasa de presto o un trueno, aunque no se oye ruido; mas entiende muy bien el alma que fué llamada de Dios y tan entendido que algunas veces, en especial a los principios la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que la duda. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina como ni quién la hirió; más bien conoce ser cosa preciosa y jamás querría ser sana de aquella herida. Quéjase con palabras de amor aun exteriores, sin poder hacer otra cosa a su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce, y aunque pidiera no tenerla no puede, más esto no querría jamás. Mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso, que carece de pena, de la oración de quietud». <sup>1</sup> «Otra manera tiene Dios de despertar el alma; y aunque en alguna manera parece mayor merced que las dichas... que son unas hablas con el alma de muchas maneras: unas parecen vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior della, otras tan en lo exterior que se oyen con los oídos porque parece es voz formada. Algunas veces, y muchas, puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación u melancólicas» <sup>2</sup>...

Tales son los éxtasis verdaderos de los místicos: podría decirse que por un momento se pierde el sentimiento de la personalidad, que se produce una suspensión de las potencias inferiores del alma, como un estado de sueño para los sentidos, pero al mismo tiempo se avivan las potencias superiores y la intuición intelectual, sin procedimientos discursivos, con una reducción suprema de la multiplicidad de actos a la unidad, contempla a Dios en verdadera intuición presente. El alma se duerme para las cosas temporales, pero despierta a las del cielo, según dice la Santa. ¿Y caben aquí los desdoblamientos de la personalidad, el automatismo, la subconsciencia para explicar dichos estados? ¿Cómo compaginar tales tesis y en general todas las de los psicólogos acatólicos con las categóricas explicaciones que Teresa de Jesús da de tales estados?

En la contemplación mística dice el P. Alvarez de Paz: «Dios se manifiesta al alma por medio de una imagen que lo representa perfectamente. Los sentidos no la han recibido y por lo tanto no pueden darla: no resulta compuesta de formas anteriormente percibidas, sino que es una infusión nueva hecha al espíritu... De esta suerte, ayudada y fortificada el alma va a Dios», y así como cuando con los ojos vemos la luz, sin que podamos decir que la vemos por medio de razonamientos, ni ideas, así también el alma, «en este grado de contemplación, no afirma cosa alguna, ni tampoco niega,

<sup>1</sup> *Las Moradas*. Sextas. Cap. II.

<sup>2</sup> *Id. id.*, cap III.



ni atribuye, ni deja de atribuir», sólo ve a Dios <sup>1</sup>. Lo cual, dice Marechal <sup>2</sup>, se traduce en el lenguaje técnico de la Psicología moderna diciendo que la elevada contemplación mística no es una percepción sensible, ni una proyección de imágenes, ni un conocimiento discursivo, sino rigurosamente hablando una intuición intelectual, de la que no poseemos el tipo completo en nuestra experiencia ordinaria.

Esta intuición intelectual es exclusivamente espiritual y en afirmarlo así ponen especial empeño repetidas veces los místicos españoles Santa Teresa y San Juan de la Cruz. En este estado de unión plena, en esta intuición intelectual la inteligencia se produce, dice el segundo, sin especie alguna de imagen o de representación capaz de ser recibida de los sentidos, de suerte que el alma se ve llena de este conocimiento amoroso sin haber hecho uso del discurso, ni del razonamiento ni de intervención alguna de los sentidos <sup>3</sup>, tanto que puede decirse con Santa Teresa, que en tal estado parece como si la imaginación y la memoria no existieran. Las afirmaciones de nuestros místicos son categóricas, como también lo es la explicación que dan del hecho; es unánime la conclusión de considerar la unión mística propiamente dicha como una gracia divina, superior a las fuerzas humanas, de suerte que sin aquéllas no se producirían los estados místicos. Hay, pues, lo repetimos, en los estados místicos, la intervención del elemento sobrenatural y de ahí que aun cuando es clara la explicación del fenómeno y son irrefutables los testimonios que aporta Santa Teresa cuando nos describe todo lo andado en este terreno, sin embargo la llamada psicología moderna, que quiere ser puramente descriptiva y natural, que anda divorciada de la Metafísica y de la Filosofía en general, no puede explicarse tales estados, no concibe que dentro de las leyes psicológicas quepan los fenómenos místicos y tienen que calificarlos o de psico-patológicos o de frutos y resultados de lo subconsciente.

Nótese, pues, que en los estados místicos hay elementos heterogéneos, que no pueden despreciarse para que puedan ser explicados y entendidos debidamente, que la Psicología religiosa no puede prescindir en absoluto de las ciencias afines a la misma, y que si como psicólogos no entra en nuestro campo el conocimiento de lo sobrenatural, tampoco podemos rechazarlo, por cuanto no se opone a nuestras conclusiones, antes al contrario, cuando hayamos realizado nuestro trabajo hemos de ceder la palabra y abandonar el campo a los filósofos y a los teólogos para que completen, aclaren y expliquen lo que la Psicología no puede por incompetencia y falta de medios explicar y aclarar. Es un triunfo de la ciencia moderna el haber dado autonomía a las distintas disciplinas científicas, pero es el mayor de los absurdos y la aberración más grande

---

<sup>1</sup> *De inquisitione pacis*, 3.<sup>a</sup> parte, c. 14. Citado por Poulain, ob. cit. pág. 276.

<sup>2</sup> Ob. cit., pág. 172.

<sup>3</sup> Véase *Llama de amor viva* y *Noche oscura del alma*.

querer aislar unas ciencias de otras. Los límites entre unas y otras disciplinas no son murallas, son fronteras vivientes, zonas de influencia, que lejos de separar unen.

Menguada conquista la de los que creen que el *nihil intellectus quod prius non fuerit in sensu* de los escolásticos se desmorona con la explicación de los estados místicos mediante esta intuición intelectual, así como también, en otro orden, lo sostienen en la tan debatida cuestión del pensamiento sin imágenes. Pero ¿dónde está la contradicción, dónde está la destrucción del principio de la intelección *in phantasmate*? Lo que hay es la falta de conocimiento de los principios ideo-realistas del escolasticismo en lo que hace referencia a la teoría general del conocimiento, y así como el pensamiento conceptual o sin imágenes no se opone a la tesis aristotélica de que no se piensa sin imágenes tal como la expone Santo Tomás <sup>1</sup>, la explicación psicológica de los estados místicos mediante la intuición superior aludida entra de lleno dentro de la doctrina tomista.

El conocimiento de nuestras facultades todas nos lleva a la aseveración de que no podemos considerar limitado su campo de acción a la estrecha órbita que se nos ha concedido sobre la tierra: lo puramente individual no satisface al espíritu. «Enclavado en un punto de la escala inmensa de los seres, no se limita, dice Balmes, a percibir los que tiene en su alrededor, y que forman como la atmósfera en que debe vivir; aspira al conocimiento de los que le preceden y le siguen, quiere conocer el conjunto, descubrir la ley de donde resulta la inefable armonía que preside la creación. Sus goces más puros los encuentra en salir de la esfera en que la tiene encerrado la limitación de sus facultades; su actividad es mayor que sus fuerzas, sus deseos son superiores a su ser» <sup>2</sup> y así nuestra alma, esta palomica, no asienta su vuelo hasta que, ayudada por la gracia, disfruta de la visión misma de Dios. El estado místico del éxtasis se explica, pues, psicológicamente mediante esta intuición, o sea, la asimilación directa e inmediata de la facultad cognoscitiva superior con su objeto y como es intuición intelectual, y de orden superior, de ahí que tienda a asimilarse el espíritu con el Ser puro y simple, en una palabra, es la misma actividad fundamental del espíritu la que puesta en presencia de Dios tiende a El y con El se une, libre de todas las limitaciones de la conciencia ordinaria, pero en virtud del movimiento natural y de la tendencia teleológica del alma.

Así se explican racionalmente los éxtasis de los grandes místicos católicos, éxtasis que, lejos de impedir la acción, la favorecen. Es la unión transformante de Poulain, que hallamos admirablemente descrita, mejor que en otro alguno en Santa Teresa. Substraída el alma de la acción, durante el éxtasis, por pocos minutos o tal vez

---

<sup>1</sup> Véase: F. Aveling, *Theorie du processus cognitif*. Anales del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina.—Tomo II, 1913, pág. 486 y siguientes.

<sup>2</sup> Lugar citado.



horas, vuelve a ella más vigorosa, más enérgica, andando juntas Marta y María, lo espiritual y lo temporal, la vida interior y la de acción <sup>1</sup>, y tornando toda la actividad psicológica a sus funciones normales, vive el alma continuamente en Dios, pero sin olvidar los trabajos y quehaceres del mundo. Si no lo hubiera escrito la Santa ¿podríamos dudar de ello, conociendo su vida, llena de actividad portentosa?

Para comprender toda el alma activísima de Teresa de Jesús no basta admirar la reforma que introdujo en la Orden Carmelitana, es necesario conocer cómo la llevó a cabo, la lucha larga y penosa que tuvo que sostener, las persecuciones que le alcanzaron; es necesario leer sus escritos, saturarse en las bellísimas páginas de sus obras. Cuando esto se haya hecho no se hallará exagerado, antes al contrario, se suscribirá el juicio que el Maestro Fray Luis de León escribió hablando de los libros de la Santa.

«En la alteza de las cosas que trata y en la seguridad con que las trata excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafiada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale... Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado de sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan <sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> Véase *Las Moradas. Séptimas.*

<sup>2</sup> *Biblioteca de Autores Españoles.* Tomo LIII, pág. 19.











